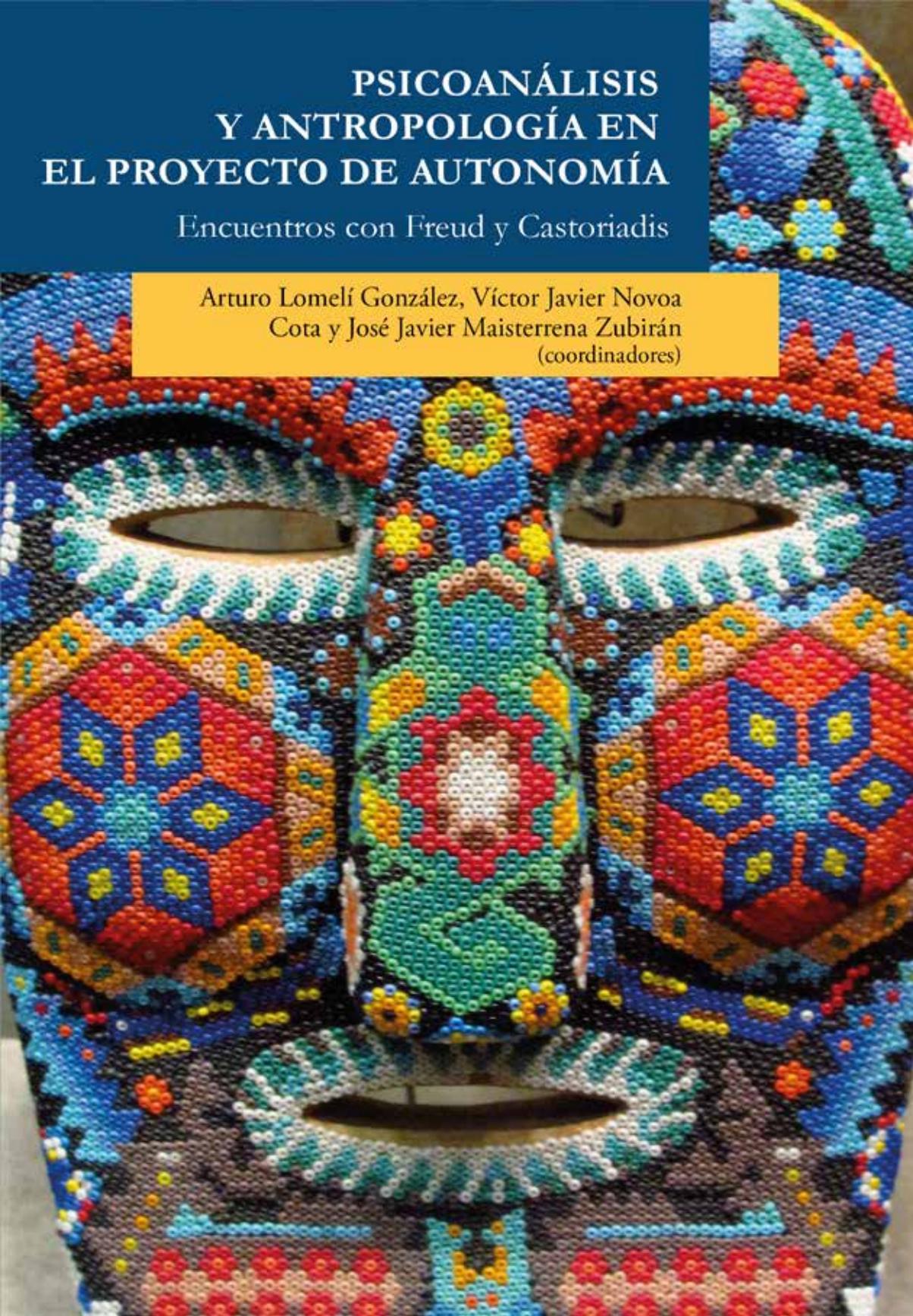


PSICOANÁLISIS Y ANTROPOLOGÍA EN EL PROYECTO DE AUTONOMÍA

Encuentros con Freud y Castoriadis

Arturo Lomelí González, Víctor Javier Novoa
Cota y José Javier Maisterrena Zubirán
(coordinadores)



Psicoanálisis y antropología en el proyecto de autonomía.
Encuentros con Freud y Castoriadis

COLECCIÓN INVESTIGACIONES

PSICOANÁLISIS
Y ANTROPOLOGÍA
EN EL PROYECTO
DE AUTONOMÍA. ENCUENTROS
CON FREUD Y CASTORIADIS

ARTURO LOMELÍ GONZÁLEZ, VÍCTOR JAVIER NOVOA COTA
Y JOSÉ JAVIER MAISTERRENA ZUBIRÁN
(COORDINADORES)



EL COLEGIO
DE SAN LUIS

Primera edición en formato digital, 2019

Diseño de portada: Natalia Rojas Nieto

© Por la coordinación: Arturo Lomelí González, Víctor Javier Novoa Cota
y José Javier Maisterrena Zubirán

© Todos los textos son propiedad de sus autores

© El Colegio de San Luis

Parque de Macul 155

Fracc. Colinas del Parque

San Luis Potosí, S. L. P. 78294

www.colsan.edu.mx

E-ISBN: 978-607-8666-50-8

Diseño de la portada: Natalia Rojas Nieto

Conversión a ePub: María Janet Maygualida

Hecho en México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL

FREUD, CASTORIADIS Y LAS PROFESIONES IMPOSIBLES

LA INCIDENCIA DE LA LÓGICA CONJUNTISTA-IDENTITARIA EN EL ÁMBITO DE LA EDUCACIÓN Y EN LA FORMACIÓN DEL SUJETO

CASTORIADIS Y LAS DOS VÍAS HACIA LA IMAGINACIÓN RADICAL: FILOSÓFICA Y PSICOANALÍTICA

EL PROBLEMA DE LA PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD. UNA PROPUESTA PARA LA ARTICULACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA Y EL PSICOANÁLISIS A PARTIR DEL PENSAMIENTO DE CORNELIUS CASTORIADIS

CÓMO PENSAR AL SUJETO POLÍTICO DESDE EL PSICOANÁLISIS: FREUD, CASTORIADIS Y AULAGNIER

SUBJETIVIDAD REFLEXIVA E INTENCIONALIDAD

UNA SOCIEDAD EN BUSCA DE AUTOR: LA AUTOFICCIÓN Y LA FUNCIÓN DEL ARTISTA EN EL PROYECTO DE AUTONOMÍA DE CASTORIADIS

IMAGINARIOS SIN FRONTERAS. REFLEXIONES EN TORNO AL CONCEPTO DE IMAGINARIOS SOCIALES DE CASTORIADIS Y SU APLICACIÓN EN LA INTERPRETACIÓN POLÍTICA DE UN PUEBLO INDIO EN CONDICIÓN DE FRONTERA

PSIQUE, APERTURA A LA ALTERIDAD Y DEMOCRACIA. LA AUTODISOLUCIÓN, EL INSTITUYENTE Y EL PROYECTO DE AUTONOMÍA

EL PROBLEMA DE LA PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD. UNA PROPUESTA PARA LA AR- TICULACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA Y EL PSI- COANÁLISIS A PARTIR DEL PENSAMIENTO DE CORNELIUS CASTORIADIS

GERMÁN ROSSO¹

INTRODUCCIÓN²

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigaciones Gino Germani (UGG). Buenos Aires, Argentina (CONICET-UGG/UBA).

² El presente trabajo se inscribe en la investigación “La construcción de las adhesiones políticas a Cambiemos en los sectores populares: una indagación sobre la producción de la subjetividad en la agrupación ‘La 24’ de Villa 20, Lugano” (Beca Doctoral Interna 2018-CONICET), dirigida por la Dra. Ana María Fernández (Facultad de Psicología, UBA) y el Dr. Sergio Tonkonoff (IIGG, Facultad de Ciencias Sociales-UBA), con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Una versión preliminar de este escrito fue discutida en el 2o Congreso Latinoamericano de Teoría Social, realizado en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM, Buenos Aires, Argentina) los días 2, 3 y 4 de agosto de 2017. Asimismo, podrá encontrarse una exposición más extensa de algunos de los puntos aquí abordados en la tesina de grado “De la historia del sujeto y del sujeto en la historia. Una indagación de la subjetividad y del sentido desde una perspectiva transaccional a partir de Cornelius Castoriadis” (Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires) (Rosso, 2018).

En términos generales, es posible decir que la teoría social ha privilegiado el estudio de los fenómenos colectivos a partir de la descripción de una serie de condiciones objetivas de existencia en las que los individuos —considerados clásicamente como lo opuesto a la sociedad— se hallarían inmersos. En este marco, la subjetividad —como dimensión de lo vivido y de las creencias del sujeto— era considerada un mero epifenómeno de tales condiciones sociales determinantes, definidas como “materiales” por el marxismo y más tarde como “estructurales” por las corrientes estructuralistas. En el prólogo a *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx plantea que “no es la conciencia del hombre lo que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (2014: 200). Esta fundamental inversión realizada por Marx permitió comenzar a pensar que la subjetividad es una forma históricamente determinada, y que se corresponde con un mundo social objetivo específico, definido por ciertas relaciones de producción. Pero es importante tener en claro que con estas formulaciones Marx fundaba, al mismo tiempo que las bases para una comprensión materialista de la historia, la dependencia de la subjetividad a las condiciones materiales de existencia. Fue quizá el estructuralismo el que se propuso profundizar más en este incipiente vínculo de dependencia, en la medida en que planteó que la tarea última de las ciencias humanas era “disolver al hombre” en las estructuras para alcanzar así una explicación objetiva de los comportamientos sociales (Levi-Strauss, 1964). Lo que ambas perspectivas comparten es el postulado de que tales condiciones atravesarían y se impondrían a los sujetos de una manera, podría decirse, casi mecánica, y en este sentido se termina por abordar a la subjetividad como un subrogado deformante de la objetividad social.

Si bien tales enfoques han realizado aportes muy significativos y constituyen una herramienta analítica útil a la hora de intentar comprender los fenómenos sociales, pareciera terminarse por desconocer e incluso negarse la posibilidad de indagar las dinámicas propias de la dimensión subjetiva. En este trabajo se propone abordar este problema, sin pretensiones de arribar a una solución definitiva, desde los aportes de Cornelius Castoriadis al estudio de la psique y la sociedad. Como se verá posteriormente, es la perspectiva de este autor la que permite empezar a deslindar posibles caminos de indagación desde los cuales abordar

la subjetividad sin reduccionismos y reconociendo su propia legalidad, a la vez que brinda elementos para pensar su vínculo indisoluble respecto de lo histórico-social. Este ejercicio analítico se propone como un aporte a la antropología y al psicoanálisis, superando sus prevenciones mutuas e intentado articular lo que cada disciplina podría aportar a la otra: para la antropología, una teoría general sobre la subjetividad y sus lógicas y dinámicas propias, que se encuentra contenida en la propuesta del psicoanálisis freudiano; para el psicoanálisis, herramientas para comprender la dimensión histórico-social, y desde allí problematizar el alcance de sus categorías pretendidamente transhistóricas y el modo en que la organización libidinal —más allá del carácter general de sus dinámicas— se ve siempre alterada por la incidencia de contenidos sociales específicos.

SUJETO Y SUBJETIVIDAD EN LAS TEORÍAS DISCURSIVAS E IDEOLÓGICAS

Las consecuencias que acarrea la negación de la dimensión subjetiva pueden comprenderse si se indaga el modo en que las perspectivas estructuralistas y sus derivaciones posestructuralistas concibieron la noción de sujeto. La importancia de recuperar estos enfoques reside en su posterior repercusión y pregnancia en el campo de las ciencias sociales y humanas. Conocida es la exclamación del estructuralismo de finales de la década de 1960 según la cual se había logrado la “muerte del hombre” o “del sujeto” mediante la disolución de su pretendida autonomía y libertad bajo el peso de las estructuras. En lo posterior, esta crítica a la concepción cartesiana del sujeto adoptaría dos formas predominantes. Por una parte, el sujeto comienza a ser “hablado” por el lenguaje o por la formación social, tal como proponen Jacques Lacan (1998) y Louis Althusser (1996, 1970) respectivamente, lo cual supone un total borramiento del sujeto en virtud de lo cual deviene en objeto pasivo atravesado por una dimensión que desconoce pero que lo determina.

En “Tres notas sobre la teoría de los discursos” (1996),³ por tomar un caso representativo, Althusser plantea que el sujeto no es más que el soporte de ciertas funciones “requeridas por los diferentes niveles de la estructura social” (1996: 120), las cuales resultan acatadas gracias al mecanismo interpelatorio de la ideología.⁴ Por otra parte, perspectivas como la de Michel Foucault (2005) o Roland Barthes (1994) proponen comprender al sujeto como un producto o efecto de los discursos; tal es el caso de la denominada etapa “arqueológica” de Foucault (*Historia de la locura, El nacimiento de la clínica, Las palabras y las cosas, La arqueología del saber*), en la cual el autor analiza el modo en que las “reglas de formación” y las “modalidades de enunciación” de los discursos construyen posiciones subjetivas. Esta perspectiva es recuperada en la teoría posmarxista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987) y lleva a comprender al sujeto como una posición habilitada en el discurso. Según los autores “los sujetos no pueden ser el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia, ya que toda ‘experiencia’ depende de condiciones discursivas de posibilidad precisas” (1987: 156). El corolario de estas dos concepciones es que la subjetividad termina siendo reducida a las condiciones discursivas o sociales de su emergencia, lo que clausura toda posible reflexión acerca de las condiciones generales de la subjetividad que habilitan al sujeto a asumir tal o cual situación definida en las relaciones sociales.

Si bien estos enfoques han permitido comprender los distintos condicionamientos que pesan sobre el sujeto, despachando así las pretensiones de plena libertad de las concepciones sustancialistas, cabría preguntarse si la subjetividad puede ser agotada completamente en la serie de condiciones sociales en las cuales se encuentra inmersa. Di-

³ Si bien se trata de una serie de notas de investigación, la importancia de estos escritos no debe ser menospreciada. Las tres notas aquí referidas datan de octubre de 1966, de manera que se separan por pocos meses de la publicación de dos de las obras más importantes de Althusser (1968, 1969): *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital*, ambos de 1965.

⁴ Según Althusser, “la base define funciones-Träger[soporte] [...], pero a la estructura [...] que define estas funciones le importa poco quién deba asumir y ejecutar esta función [...]. La ideología es la que asegura la función de *designar* el sujeto [...] que debe ocupar esta función, y para ello debe *interpelarlo* como sujeto, proporcionándole las *razones-de-sujeto* para asumir esta función” (1996: 117-118).

versas discusiones se han suscitado sobre esta cuestión en las teorías discursivas e ideológicas posteriores al estructuralismo. Al respecto de propuesta como las recién recuperadas, el filósofo Slavoj Žižek señala que

usualmente el sujeto está reducido a la llamada subjetivación, [de modo que] se lo concibe como un efecto de un proceso fundamentalmente no subjetivo: el sujeto siempre está atrapado, atravesado por el proceso presubjetivo (de ‘escritura’, de ‘deseo’ y así sucesivamente), y la insistencia se hace en los diferentes modos individuales de ‘experimentar’, de ‘vivir’ sus posiciones como ‘sujetas’, ‘actores’, ‘agentes’ del proceso histórico (1992: 227).

De modo que el sujeto es comprendido a partir de un proceso que no da cuenta de lo que acontece propiamente con la subjetividad. El sujeto, en todo caso, es pensado como “atrapado, atravesado” por una dimensión que le es extraña, de manera que la única comprensión que puede tenerse de él es tematizándolo como una posición habilitada por el discurso que lo “sujeta”, o como agente que realiza un proceso histórico que le trasciende.⁵

Por su parte, Stuart Hall (2003) plantea que tanto Althusser como Foucault desembocan en el mismo “callejón sin salida” —aunque cada cual arriba al mismo “por un camino diferente”. El problema radicaría en la falta de un desarrollo conceptual que permita comprender lo que posibilita que ciertos individuos ocupen determinadas posiciones discursivas o que sean “sujetados” por ciertos procesos sociales. En el caso de Althusser, la noción de interpelación sigue sometida a la crítica de Hirst (1976), quien detecta que ésta “dependía [...] de un reconocimiento que, en sustancia, el sujeto debía ser capaz de efectuar antes de haberse constituido como sujeto dentro del discurso” (Hall, 2003: 23). De este modo, se deja “sin zanjar la relación problemática entre ‘el individuo’ y el sujeto. (¿Qué es el ‘pequeño animal’ individual que

⁵ Este punto resulta coincidente con algunas de las críticas del filósofo y psicoanalista León Rozitchner a la postura de Althusser. Según Rozitchner, el sujeto althusseriano es concebido “como mero soporte material de un sentido histórico que se elabora en él, pero que él no puede modificar. Y entonces el sujeto pudo aparecer así, en su teoría, devaluado, empobrecido, como mero soporte de una determinación que lo cautiva” (2005: 342).

todavía no es un sujeto?)” (2003: 26). Por otra parte, Foucault logra una “descripción formal de la construcción de las posiciones subjetivas dentro del discurso, pero [que] revelan poco sobre la causa por la cual algunos individuos ocupan ciertas posiciones y no otras. [...] Las posiciones subjetivas discursivas se convierten en categorías a priori que los individuos parecen ocupar de manera no problemática” (en Hall, 2003: 27). De modo que en el planteo foucaultiano se tiende a elidir las “posiciones subjetivas de un enunciado con capacidades individuales de llenarlas” (Brown y Cousins, en Hall, 2003: 27). En este punto es donde, según Hall, coinciden los saldos teóricos de ambos autores, puesto que tanto Althusser como Foucault dejan una brecha entre los procesos discursivos y los procesos de un individuo pretendidamente presubjetivo. Lo que señala Hall al respecto de Althusser sintetiza bien el problema que implica este “callejón sin salida” al que llevan las propuestas de ambos autores: se acaba “con las hebras del hilado psíquico y discursivo sueltas en nuestras manos” (2003: 27).

EL PROBLEMA DE LA GÉNESIS DE LA SUBJETIVIDAD

Uno de los caminos por el cual comenzar a desentrañar estas vacancias y brechas teóricas es cuestionándose acerca del proceso por el cual los “individuos” advienen “sujetos” o terminan por ocupar ciertas posiciones discursivas. Las teorías ideológico-discursivas han respondido a esta cuestión mediante los llamados “procesos de subjetivación”, pero poco han dicho acerca de la dimensión genética de las subjetividades que éstos producen. En este punto se vuelve necesario aclarar a qué se hace referencia con el término *génesis*. Se puede indagar la génesis histórica de una subjetividad, lo que permite comprender la emergencia y consolidación de ciertas formaciones u organizaciones discursivas y sus correspondientes posiciones de sujeto. Sin embargo, aún en este tipo de enfoques la subjetividad no deja de pensarse como algo ya constituido para el sujeto, y en todo caso sólo se reconoce el proceso por el cual se ha estabilizado y sedimentado cierta forma histórica. A lo que aquí se apunta con el interés por indagar la génesis es, en particular, a

las condiciones generales constitutivas de la génesis que hacen al plano de la subjetividad. Esto permite explicar cómo se vuelve posible que un sujeto admita para sí una posición suministrada por una formación discursiva; y más aún, qué sentido construirá el sujeto en torno a ella.⁶ De manera que es necesario hacer foco particularmente en la posibilidad de asunción e incorporación de ciertos comportamientos y significaciones que posee el sujeto, lo cual fuerza a indagar algo más que las condiciones materiales de existencia, los dispositivos o los discursos sociales —términos con los que habitualmente se conceptúa tales contenidos sociohistóricamente disponibles desde las ciencias sociales. Así surge el problema de la génesis de la subjetividad considerada desde el punto de vista de la psicogénesis y su relación intrínseca con la sociogénesis. Cabe aclarar que con esto no se pretende desestimar el carácter innegablemente histórico y social de tales comportamientos y significaciones, sino que se apunta a recuperar el proceso de adhesión que todo sujeto deberá transitar para integrar determinado orden social. Este terreno, que como se señaló en la introducción resulta mayormente ignorado en las ciencias sociales, de ser indagado, brindaría elementos para comprender la dimensión genética de la producción del sentido social *desde* la perspectiva de la constitución de la subjetividad.

Para avanzar en esta cuestión, corresponde establecer una primera distinción entre sujeto y subjetividad. Sin definir al sujeto como sustancia, desde un enfoque genético se vuelve necesario considerarlo como una condición de posibilidad respecto de la articulación efectiva de cualquier subjetividad. Ciertamente, la enunciación en singular de esta condición de posibilidad que es el sujeto podría llevar a compren-

⁶ Este punto en particular es tratado, por ejemplo, en Michel Pêcheux (1978), quien propone distinguir entre las *situaciones* como objetivamente definibles y las *posiciones* como representaciones de tales situaciones en los procesos discursivos que se encuentran *transformadas* por formaciones imaginarias. Cautivado aún por un “determinismo en última instancia”, Pêcheux hace depender a las *posiciones* imaginarias de las *situaciones* materiales, ya que su correspondencia no se basa en el azar, sino en “leyes que sólo la investigación sociológica podrá demostrar” (1978: 49). El problema reside en que no llega a explicarse del todo el vínculo establecido entre ambas dimensiones, de modo que sólo se alcanza a enunciar un hiato, mas no a resolverlo. Es interesante notar que en la misma época, aunque partiendo de los resultados de una investigación sociológica antes que de la elucidación teórica en el marxismo, Pierre Bourdieu (2006) propone contemplar la relación entre las “aspiraciones” o “esperanzas subjetivas” y las “oportunidades objetivas”.

der que se trataría de una lógica unívoca o única; es por esto que aquí se comprende al sujeto, más que como *una* condición de posibilidad, como una serie de condiciones generales de posibilidad, lo que permite establecer una distinción respecto de su realización efectiva en subjetividades concretas o particulares. Tomando en cuenta estos elementos y adoptando un enfoque genético sobre el proceso de paulatina asimilación de los sentidos sociales, es posible comprender el modo en que dichas condiciones subjetivas inciden en la apropiación del orden instituido. Es decir, se apunta a comprender cuáles son las lógicas propias de la subjetividad involucradas en, para recuperar el lenguaje de las perspectivas aquí discutidas, todo “proceso subjetivante” o de “construcción de subjetividades”, más allá de la sin duda importante incidencia de determinados condicionamientos histórico-sociales en tales procesos.

Si la pregunta que permanece desatendida en los enfoques anteriores, como plantea a su manera Hall (2003), es cómo es posible que un sujeto pueda ser afectado por ciertos discursos/procesos sociales o que resulte adherido a las posiciones que éstos habilitan, la respuesta bien podría hallarse indagando las condiciones generales de la subjetividad. Son estas condiciones subjetivas las que posibilitan la incidencia y habilitan la eficacia de ciertas condiciones sociales, a la manera de, como explica Carlos Savransky, un “suelo fértil”: “los dispositivos objetivos instituyen sistemas de disposiciones en los sujetos pero sólo a condición de que encuentren en la subjetividad un terreno fértil” (2014: 5). De otra manera, nada puede crecer, nada puede cimentarse en un terreno infértil. Una formulación similar puede encontrarse en el centro de la propuesta de Castoriadis cuando señala que la sociedad podrá moldear casi de cualquier manera a la psique, pero siempre y cuando provea a esta última de su exigencia fundamental e inapelable: ser provista de *sentido*. Esto equivale a decir que la subjetividad *pone condiciones* a los procesos socializantes antes que tratarse de una superficie pasiva, y el cumplimiento de la exigencia de la psique es lo que *posibilita* la posterior emergencia de un individuo socializado. En lo que ha podido verse, concepciones sobre la subjetividad como las de las perspectivas discursivo-ideológicas darían por supuestas tales condiciones de posibilidad, ya sea porque las encuentran operando, y por tanto las dan por sentadas, ya sea porque suponen que son parte del efecto de los propios

contenidos históricos que intervienen en el proceso de subjetivación, de manera que no reconocen el rol activo de los condicionamientos propiamente subjetivos. Estos últimos, sin duda, se despliegan gracias a la disponibilidad de ciertos contenidos históricos, pero sería un error considerar que un dispositivo u organización discursiva cimienta por sí misma tales condiciones. Al sostener esto último, no se hace más que retrotraer la cuestión de la subjetividad a los postulados del sujeto como *tabula rasa*, es decir, un recipiente vacío que aguarda a ser llenado por los contenidos sociales e históricos. Es por esto que puede decirse que en las perspectivas ideológico-discursivas se estudian *subjetividades sin sujetos*, ya que no se ofrece una explicación de la relación entre ciertas subjetividades históricamente construidas y las condiciones subjetivas generales que posibilitan su sedimentación en el sujeto. Contra la concepción del sujeto que subyace a tales perspectivas se propone, entonces, entenderlo como una serie de condiciones matriciales propias de la subjetividad a partir de las cuales se podrá comenzar a elucidar el modo en que el sujeto hace “ser para sí” o reasume los sentidos sedimentados por la sociedad en la composición de un universo de contenidos subjetivos, que abarca tanto los sentidos privados y profundamente sedimentados como aquellos compartidos colectivamente e impuestos por la sociedad.⁷ Es en la teoría psicoanalítica donde en particular pueden

⁷ Si bien aquí, por cuestiones de extensión, se trabajará exclusivamente sobre la exigencia de sentido por parte de la psique como una condición subjetiva de posibilidad en la fabricación de todo individuo social, puede pensarse en toda una serie de condiciones subjetivas, ni exclusivas ni exhaustivas, que intervienen en el proceso. La indagación de estas condiciones permite comprender el modo en que el sujeto hace “ser para sí” o “reasume” el mundo de significaciones sedimentadas por la sociedad. En este sentido resultan aportes fundamentales la propuesta hegeliana de concebir la existencia subjetiva como supeditada a la búsqueda de reconocimiento, la lógica libidinal y la dinámica de la afectividad tal como la comprende Sigmund Freud, la capacidad del cuerpo propio de instituir y reasumir sentido de un modo prerreflexivo e inmediato en los planteos de Maurice Merleau-Ponty, y en la imaginación en tanto potencia radical y primera en la perspectiva de Castoriadis. También es necesario dar crédito al trabajo en conjunto en la construcción de esta perspectiva. Partiendo de algunas de las problemáticas desplegadas por el profesor Carlos Savransky —que podrán encontrarse condensadas en su fundamentación al programa del 2014 del Seminario de Diseño Gráfico y Publicitario (Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires)—, se ha trabajado el vínculo entre las condiciones subjetivas y la dominación, particularmente en su dimensión simbólica, en una serie de proyectos de investigación dirigidos por el profesor Federico Ferme: “Sobre la constitución de la subjetividad y el sentido: teoría de la práctica y

encontrarse formulaciones aproximadas a las aquí introducidas acerca de la subjetividad. Tal es el caso de la propuesta realizada por Silvia Bleichmar (2010) de distinguir entre las condiciones de producción de la subjetividad y las condiciones de constitución psíquica. El primer conjunto se refiere a la dimensión de la construcción social del individuo y su inscripción en un tiempo y un espacio histórica y políticamente situados, mientras que el segundo agrupa variables que trascienden a los contenidos y modelos sociales e históricos disponibles en una determinada época. El problema, señala la autora, reside en la constante confusión entre ambas dimensiones, por lo cual se desemboca en la rúbrica ilegítima de ciertas configuraciones históricas particulares —de ciertas “fantasmáticas” y “teorizaciones de los sujetos”— como categorías de pretensiones universales, o como se preferirá decir aquí, generales. En el marco de este horizonte de problemáticas, se propone recuperar diversos aportes de Cornelius Castoriadis para pensar el vínculo entre la subjetividad y los contenidos histórico-sociales.

EL SUJETO COMO PARA SÍ Y LA ESTRATIFICACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD⁸

reflexividad. Un abordaje a partir de Castoriadis y Bourdieu” (PRII R13-217) e “Intercambios simbólicos, dominación y subjetividad: formas afectivas e imaginarias de complicidad” (PRII R15-031). Una exposición acotada de resultados parciales de investigación podrá hallarse en Ferme, Mariscal, López, Couzo, Castro y Rosso (2016).

⁸ Un tratamiento más profundo de la cuestión podrá encontrarse en el trabajo “Psique, sociedad y sentido. Sobre el vínculo entre la estratificación de la subjetividad y el magma de las significaciones en Cornelius Castoriadis” (Rosso, 2016), que se publicará en las actas del 2o Encuentro Internacional de la Cátedra Interinstitucional Cornelius Castoriadis, realizado en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y en El Colegio de San Luis, México.

Adoptar un enfoque genético sobre la subjetividad lleva a reflexionar acerca de las primeras formas en las que la psique pone en forma el mundo y, por tanto, lo dota de sentido. Castoriadis sostiene que es necesario suponer una capacidad de hacer emerger representaciones en el origen mismo de la psique. De lo contrario, nada podría adquirir existencia ante la misma, pues “la índole misma de la psique [...] es génesis de representaciones” (2013: 433). La pulsión corporal, por ejemplo, requiere de una “delegación por representación” para cobrar existencia psíquica,⁹ del mismo modo en que ya en las primeras formulaciones generales sobre el aparato psíquico en su *Proyecto de psicología* Freud (2008a) intentaba esclarecer las condiciones bajo las cuales el orden fisiológico y cuantitativo resulta transmutado en el orden cualitativo y psíquico de la representación y del sentido. De manera que, para Castoriadis, es necesario suponer una capacidad imaginante en la psique que puede “crear imágenes y ponerlas en relación a partir de ‘estímulos’ que no tienen ninguna relación cualitativa con ellas” (1998b: 297). Según el autor, tal capacidad, a este nivel, es pertinente a cualquier ser *para sí* en tanto que permite la creación de un mundo propio (*Eigenwelt*) que consiste en la puesta en forma, en la representación de aquello que se le presenta.¹⁰ En la medida en que hay “para sí otra cosa que sí”, todo elemento extraño debe ser presentificado de manera coherente con las características del *para sí*. Es decir, que ese elemento extraño, esa X “exterior” al *para sí*, “no forma parte de la información, como su propia designación indica. ‘Informa’ solamente esto: que ‘hay’. Es simple choque” (1998a: 123). La información supone más que la mera presencia de algo: requiere justamente de una información, es decir, ser *formado* por “alguien”. Por tanto, en la cuestión de la información inevitablemente se pone en juego una dimensión “subjetiva”: “¿hay *para quién?* La naturaleza no contiene informaciones que esperan ser recogidas. La X no se convierte en algo sino al *estar formada* (in-formada) por el para sí considerado [...].

⁹ La pulsión se manifiesta en la psique, además, por medio del afecto.

¹⁰ Castoriadis (1998a: 2004) establece tres características pertinentes a todo *para sí*: auto-finalidad, creación de un mundo propio y autocentramiento. Con base en ellas propone distinguir entre cuatro niveles: lo viviente, lo psíquico, el individuo social y la sociedad. El presente trabajo se centrará en los últimos tres niveles. Otros dos niveles del *para sí* existen en carácter de proyecto: la subjetividad humana y la sociedad autónoma.

La información es creada por un ‘sujeto’, y evidentemente a *su* manera” (1998a: 124).¹¹ En la emergencia de esta representación o información a partir de lo que necesariamente no lo es actúa la *imaginación* como capacidad de ver algo en donde no lo hay o de ver en algo lo que no es. De manera similar, la psicoanalista Piera Aulagnier (2010) define a la actividad de representación de la psique como una “metabolización”: capacidad gracias a la cual un elemento heterogéneo a un proceso psíquico puede ser convertido en un material homogéneo a sus propias características. Si bien se trata de un concepto tomado de la biología, la autora lo utiliza para caracterizar el trabajo psíquico. La diferencia entre la metabolización biológica y la metabolización psíquica radica en que la primera altera un elemento físico, mientras que la segunda opera sobre elementos de “información” (2010: 23).

Sin embargo, es necesario establecer algunas diferencias entre la imaginación de la psique humana y la del resto de los seres vivos. Castoriadis (2004), recuperando diversos aportes del psicoanálisis, propone comprender la especificidad de la psique humana en dos direcciones. En un sentido “horizontal” —es decir, pertinente a todas sus instancias—, la psique comporta una desfuncionalización de sus procesos y metas en referencia a las necesidades biológicas, una primacía del placer de representación por sobre el placer de órgano y, por último, la autonomización de la imaginación respecto de una correspondencia rígida entre “choque” externo y representación. La *imaginación radical* del humano es así comprendida como un flujo incesante, perpetuo, no canónico¹² e indisociable de representaciones, afectos e intencionalidades que puede incluso surgir “a partir de *nada*”. Pero además de estas características generales, Castoriadis detecta una especificidad de la psique en su “dimensión vertical”, la cual da cuenta de una “historicidad del ser humano” en el devenir de la cual se produce una “estratificación psíquica” de instancias.

¹¹ Todo *para sí*, a su vez, establece una *clausura* en tanto frontera interior/exterior que exige la modificación de todo lo que pretenda incidir en su mundo propio, de modo que “podemos pegarle, imponerle choques, pero hagamos lo que hagamos, [el *para sí*] reaccionará [siempre] *a su manera*” (Castoriadis, 2004: 78).

¹² La imaginación del viviente, por el contrario, crea “representantes canónicos” ligados de manera rígida y permanente a la satisfacción de las necesidades biológicas.

Tomando en cuenta esta dimensión “vertical”, es posible indagar, al contrario de lo que otras posturas psicoanalíticas sostienen, cómo “la estructura [psíquica] es el sedimento de una historia” (Castoriadis, 2004: 89). Una historia irregular y errática, sin direccionalidad fijamente preestablecida ni progresividad acumulativa, por la cual “se constituyen instancias, tipos de procesos, que luego no son ni superados ni armoniosamente integrados, sino que persisten en una totalidad contradictoria o antes bien incoherente” (2004: 90). Los “restos” de etapas anteriores no son totalmente sepultados y continúan operantes en los distintos momentos del sucesivo despliegue de la historia del sujeto —lo que por otra parte acontece con toda historia, salvo que se le intente imponer una progresividad pseudorracional—. Esta historia, además, no conduce a ningún “despliegue funcional” que ofrezca una “mejor división del trabajo” entre las instancias que emergen; antes bien, entre las instancias se desarrollan conflictos y contradicciones. Esto se debe a que, si bien no están completamente separadas y clausuradas unas respecto a las otras, cada instancia se desenvuelve como un *para sí*, con sus propias finalidades, con su mundo propio de representaciones, afectos e intencionalidades del que emergen sus propias “formaciones de objetos” y sus propios modos de organizar la relación entre los elementos para sí existentes. Al mismo tiempo, las instancias están estratificadas: “Las hay que están más cerca de la superficie y otras más lejos” (2004: 89). Tal estratificación da testimonio de la diacronía de la psique como una superposición de distintas capas de sedimentos que coexisten en la conformación final de lo que es comprendido habitualmente como una “estructura”, pero que exige más bien ser considerado un magma.

El reconocimiento de una historia del sujeto no debería ser confundido con la “finta engañosa” del gradualismo que intenta negar la existencia de una capacidad originaria de hacer emerger representaciones en la psique. Según el gradualismo, la capacidad de representación se iría desarrollando poco a poco por una suerte de acumulación de “experiencias” previas. Sin embargo, es necesario admitir una capacidad originaria de representación porque incluso la experiencia más primigenia “presupone la capacidad de la psique para organizar en *experiencia*, por rudimentaria que sea, lo que, al margen de ella, sería un caos de impresiones internas y exteriores” (Castoriadis, 2013: 443). En térmi-

nos estrictos, “la creación de un mundo propio precede necesariamente a cualquier ‘lección’ que los acontecimientos de ese mundo [exterior a sí] puedan dar” (Castoriadis, 1998b: 302). La perspectiva de la estratificación psíquica, antes bien, parte de la innegable evidencia de que “esta capacidad originaria de organización sufre un desarrollo inmenso en y por la *historia del sujeto*” (las cursivas son nuestras) (Castoriadis, 2013: 443). En el despliegue de la historia del sujeto, los elementos extraños a la psique serán, desde un inicio, “necesariamente recibidos y elaborados según las exigencias planteadas por la representación originaria” (2013: 444). Pero a la vez que modificados, tales elementos también forzarán a la psique a asumir progresivamente una “organización que le es esencialmente heterogénea” (2013: 466). Si bien el modo originario de la psique pervivirá en lo más profundo del sujeto, el vínculo conflictivo con la sociedad modificará su capacidad representativa y posibilitará, “a fuerza de convulsiones sucesivas y de profundos reordenamientos de la organización psíquica”, la emergencia de otros estratos en la subjetividad. Cada nuevo “tipo de proceso” o instancia equivale al surgimiento de nuevos mundos propios, nuevas representaciones, afectos e intencionalidades, nuevos “objetos” y relaciones, que antes que ser anulados se traslapan con los previamente existentes. En su intento por expresar en el lenguaje inevitablemente conjuntista-identitario este modo de ser magmático, Castoriadis describe tales reconfiguraciones sin cancelaciones como “capas superpuestas de lava”, una historia en la que se asientan “depósitos estratificados e intercomunicados”, y en donde las formaciones de objeto y las representaciones “adultas” se encuentran siempre “acribilladas de conductos volcánicos por doquier” y “nunca definitivamente solidificadas” (2013: 489).

LA CRÍTICA DE CASTORIADIS A LA NOCIÓN DE SUJETO EN LA ESCENA FILOSÓFICA FRANCESA

Los aportes de Castoriadis revisados en la sección anterior permiten comenzar a esbozar otra forma de comprender a la subjetividad y la relación entre psique y sociedad. Pero resulta también necesario recuperar

las críticas que el autor explícitamente formula a otras concepciones del sujeto, algunas de las cuales fueron presentadas antes. En la conferencia “El estado del sujeto hoy”, más tarde compilada como artículo, Castoriadis (1998a) aborda estas cuestiones. Según Fernando Urribarri, psicoanalista y discípulo de Castoriadis, se trata de uno de los “principales artículos psicoanalíticos” del autor, en el cual “retoma ampliamente su concepción de la psique e introduce algunas novedades y reelaboraciones importantes”, entre las que cabe destacar la presentación de “un abordaje de la psique en términos de teoría del sujeto” (1998a: 16). Castoriadis comienza su artículo satirizando los enunciados sobre la “muerte” y el “retorno” del sujeto, al punto de llegar a denominar a quienes sostienen tales enunciados como “modas del último cuarto de siglo”. En otra ocasión, incluso se refiere a esta serie de autores como “la chatarra ideológica parisina” (1998a: 58). Más allá de este tono claramente peyorativo, Castoriadis puntualizará su crítica a las concepciones de sujeto sostenidas por diversos intelectuales del medio francés en los siguientes términos:

se quiso [...] despedazar al sujeto humano entre dos modalidades [...]. Por un lado, si se considera el para sí en tanto simple proceso autocentrado y autoconservador, pero “ciego” para todo lo que sobrepasa las instrumentalidades que dependen de estas dos finalidades, entonces aparentemente “mecanizable” hasta el límite, el ser humano no sería más “sujeto” de lo que lo es, por ejemplo, el sistema inmunológico que presenta, como se sabe, una sí-idad [*soi-ité*] muy fuerte. Llegamos así al “proceso sin sujeto” [...] y al linaje Levi-Strauss/Althusser/Foucault. O bien, se pretende reabsorber totalmente al sujeto humano en la dimensión del individuo social, y en particular en el lenguaje; se dirá entonces de él que está tomado, perdido, alienado en el lenguaje (y los oropeles sociales), que no habla sino que es hablado [...]. Es el linaje Lacan/Barthes/Derrida (1998a: 123).

Si bien la crítica de Castoriadis se dirige sobre todo a la eliminación de toda posibilidad de pensar la subjetividad plenamente humana —en tanto reflexión y voluntad— y por tanto a la imposibilidad de todo proyecto de autonomía y la sobrevaloración de la alienación en tales perspectivas, desde este planteamiento es posible también pensar otra manera de conceptualizar al sujeto, que subyace o precede lógicamente a

esta crítica realizada por el autor. Podría decirse que el primer “linaje”, al concebir al sujeto como “simple proceso autocentrado y autoconservador”, anula la radicalidad de la imaginación propiamente humana —que justamente rebasa la “mecanización” de la imaginación del viviente— e imposibilita pensar la especificidad propia de lo humano, es decir, lo que con toda propiedad lo distingue del resto de los niveles del *para sí*: su capacidad de puesta en forma no determinada y, por tanto, de *creación* de nuevas formas. De aquí que Castoriadis establezca que se termina concibiendo que lo humano no sería “más ‘sujeto’” de lo que lo es un sistema inmunológico, lo que también muestra los riesgos de hacer equivaler directamente la categoría de *para sí* con la noción sujeto (sin descartar que la primera permita comprender algunas de dimensiones o aspectos de la segunda). Al mismo tiempo, concebir un “proceso sin sujeto” al estudiar, por ejemplo, la cuestión de la sociedad o de los discursos sociales, ignora que las estructuras construidas por el analista no son más que la sedimentación de la dimensión instituyente de un sujeto que es colectivo y anónimo. Es en este sentido que se vuelve necesario reafirmar que, para Castoriadis, no sólo existe un sujeto singular, sino también un colectivo anónimo que debe ser reconocido como un sujeto cuya potencia es la alteración o transformación de la institución de la sociedad. Además, esta concepción lleva consecuentemente a olvidar que ningún proceso a escala colectiva es posible sin un sujeto singular que lo “sostenga”, o mejor, que lo *reasuma* —lo que en el vocabulario psicoanalítico equivale a decir que los contenidos sociales siempre suponen un sujeto que los inviste, que los hace valer y, por tanto, existir para sí—; esta necesaria implicancia del sujeto singular, la mayoría de las veces dada por sentada o comprendida como un correlato más o menos mecánico, opera aun a pesar de que no se posea un pleno dominio consciente sobre el “proceso” en cuestión. Aquí puede verse la mutua implicancia del sujeto colectivo y del sujeto singular, es decir, de lo psíquico y lo histórico-social, cuestión que será desarrollada con mayor grado de detalle a continuación. Por su parte, el segundo “linaje” conduce a la reducción del sujeto a sólo una de sus dimensiones: lo que Castoriadis denomina como el individuo social, en los términos de ser un “artefacto social, unidad que cubre la pluralidad, identidad que oculta las contradicciones de la psique” (1998a: 135).

El problema de adoptar esta postura reside en que no se llega más que a problematizar la pretensión de transparencia identitaria y de no contradicción que posee el individuo social, de manera que sólo se discute “la idea (medianamente ingenua) de que este individuo representa[ría] una ‘realidad substancial’ o posee[ría] una ‘autenticidad’” (1998a: 136). Como se verá a continuación, esto equivale a considerar que la cuestión del sujeto se pone en juego tan sólo en uno de sus estratos, el cual por cierto es el más “superficial” (en el sentido de su cercanía a lo explícito o lo consiente). En este punto se pueden recuperar incluso las críticas, antes revisadas, que desde las propias teorías ideológico-discursivas se formulan a la comprensión de la categoría de sujeto. Si se vuelve sobre los planteos de Žižek (1992) y Hall (2003), se hace visible que ambos “linajes” dejan sin resolver la cuestión del vínculo entre lo que se denomina muy difusamente como “individuo” y las posiciones habilitadas por el discurso o los procesos sociales que lo “sujetan”, es decir, el hiato que persevera entre el sujeto y la subjetivación (o subjetividad efectiva) en tanto efecto de un proceso extrasubjetivo (sea este último conceptualizado como estructura, dispositivo o discurso). Con base en esto puede decirse que en este segundo “linaje” en particular, pero en buena medida también en el primero, el sujeto resulta reducido a una serie de contenidos sociales sin problematizarse el vínculo que éstos establecen con otros niveles de la subjetividad. Para Castoriadis, en cambio, es necesario reconocer que el problema del sujeto no puede ser únicamente abordado desde el “leguaje” u otros “oropeles” sociales que lo atrapan o alienan, ya que en la subjetividad existen otros niveles que poseen, cada cual, legalidades propias. Es por esto que, en contraposición a ambos “linajes”, Castoriadis llega a la siguiente conclusión:

No es posible formular un concepto englobador del sujeto. Estamos obligados a diferenciar. Debemos reconocer, en el origen y en el primer nivel, un *para sí* —un *self*, un *sí*— de lo viviente como tal, que realiza ya los rasgos decisivos que caracterizarán también a todas las unidades “subjetivas”, en todos los niveles. Estas entidades, en niveles cada vez diferentes, son la psique y las “instituciones” psíquicas, el individuo social, la sociedad. Cada una de ellas presenta especificidades decisivas. En particular,

las “instancias psíquicas” de Freud [...] son ciertamente cada una *para sí* (1998a, p.149).

La subjetividad debe ser considerada, desde esta perspectiva, como un conglomerado de diversos estratos entre los cuales se establecen complejos vínculos de *apoyo*.¹³

Particularmente en lo que respecta a la articulación entre la antropología y el psicoanálisis, y quizá también en lo que respecta a una ciencia social que se preocupe por abarcar la producción de la subjetividad, el principal punto de indagación debería ser el vínculo más significativo al momento de estudiar los fenómenos de sentido: la relación que se establece entre la psique y la sociedad.¹⁴ A diferencia de las perspectivas

¹³ Castoriadis (2013) recupera la noción freudiana de *apoyo* para dar cuenta de la relación de incitación o de condicionamiento que se establece entre diferentes estratos del ser. Se puede hablar de *apoyo* cuando las producciones de un estrato deben necesariamente ser tomadas en cuenta por otro. Este vínculo no debe ser confundido con lo que la lógica-ontología heredada comprende como *determinación*. En este sentido, la sociedad necesariamente debe atender a las necesidades del primer estrato biológico, por ejemplo, proveyendo de alimento a los individuos. Sin embargo, esta necesidad no determina la demarcación de lo que será considerado como alimento y lo que no en una sociedad.

¹⁴ Sería igualmente posible referirse a estos fenómenos como “colectivos” o “sociales” en lugar de denominarlos como “de sentido”. Pero tales nomenclaturas terminarían por concebir demasiado peso a la dimensión social de los fenómenos estudiados, así como a restringir la posibilidad de estudiar fenómenos individuales —en el sentido no de que pueda comprenderse lo “individual” por fuera de lo social, sino de que es posible asumir un punto de vista de *ego* desde el cual reflexionar sobre el vínculo entre el sujeto singular y lo colectivo, lo que, por ejemplo, resulta crucial cuando se adopta una perspectiva psicogenética—. Con la denominación más general de “fenómenos de sentido”, se busca hacer foco particularmente en aquellas dimensiones del *ser* que no se encuentran restringidas a un mundo de sentido funcional, como es el caso del viviente. De manera que con dicha denominación es posible captar los niveles del *para sí* correspondientes a la psique, el individuo social y la sociedad, los tres “desfuncionalizados” respecto a los objetivos de la preservación biológica (Castoriadis, 1998b; 2005). Además, de esta manera se recuperan algunas de las principales apuestas de las ciencias de la comunicación en las ciencias sociales: todo fenómeno social es, en una de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido o se encuentra inmerso de manera indisoluble en una dimensión simbólica e imaginaria. Lo que se agrega desde la perspectiva aquí esbozada es que la subjetividad, desde sus estratos más profundos e insondables, repercute en la constitución del sentido social. En suma, tanto lo singular como lo colectivo pertenecen a la dimensión del sentido, y como se verá más adelante esto se vincula fuertemente con la “decisión ontológica” (1998b: 132) de Freud, según la cual los sueños y los síntomas tienen sentido, o mejor, un doble sentido: un sentido desde dos lógicas que elucidar.

políticas y sociológicas más clásicas, que conciben al individuo como polo opuesto a la sociedad, Castoriadis (2013: 487-494; 1998b: 41; 1997: 141-142; 1996; 2001; 2008: 87) propone comprender al primero como parte integrante del segundo, es decir, como una institución que encarna virtualmente la totalidad de las significaciones imaginarias de la sociedad. En su nueva polaridad, es la psique la que se opone de forma radical a la sociedad. Entre estos dos extremos se establece un vínculo que debe calificarse como “indisociable” e “irreductible”, del que se derivan una serie de consecuencias cruciales. La indisociabilidad radica en la necesidad de la psique de, una vez rota su clausura originaria, ser provista de “sentido” por parte de la sociedad para poder sobrevivir. Desde este punto de vista, es posible decir que la psique no es considerada como un mero epifenómeno de la sociedad, sino que formula sus propias “exigencias”, de las cuales la más importante es esta exigencia de “sentido”, condición previa sin la cual la sociedad de ningún modo podría “jugar con la plasticidad de la psique casi sin límite alguno” (Castoriadis, 2001: 184). Asegurando esta condición, la sociedad podrá cumplir con su necesidad ineludible de formar individuos que reasuman sus instituciones e interioricen sus significaciones imaginarias. Del postulado de la irreductibilidad, se deriva una especificidad intrínseca a cada una de estas dimensiones: parafraseando a Castoriadis (1998b: 313-314), puede decirse que la sociedad no puede fabricar “almas”, pero fabrica a sus individuos utilizando “almas” como su “materia prima”; análogamente, las “almas” sólo producen fantasmas, e incluso una asamblea de “almas” no podrá jamás producir significaciones imaginarias sociales e instituciones. A partir de esta caracterización, es posible desprender ciertas premisas de carácter epistemológico desde las cuales orientar la indagación de la subjetividad.

UNA PROPUESTA PARA PENSAR LA SUBJETIVIDAD DESDE LA PERSPECTIVA DE CASTORIADIS

Podría decirse que los planteos de Castoriadis respecto del sujeto permiten visibilizar la unidad de un objeto de estudio que, debido a las divisiones disciplinares establecidas, permanece abordado de manera parcial e insuficiente. Al exponer el indisociable vínculo que establecen lo singular y lo colectivo, se vuelve posible captar que la subjetividad no puede ser abordada de manera adecuada por tan sólo uno de estos dos puntos de vista. Es el proceso de socialización el punto crucial desde el cual no sólo resulta evidente la articulación entre estos dos órdenes, sino también lo cercenante que resulta considerar sólo a uno de ellos. Tensionado por la psicogénesis y la sociogénesis, lo que emerge de la socialización no puede ser enteramente atribuido ni a la senda de la psique ni a la senda de la sociedad. Para empezar, resulta claro que las alteraciones en el mundo de sentido instituido por la psique no se realizarían por sí mismas sin la imposición de limitaciones y contenidos por parte de la sociedad. Al mismo tiempo, en cada etapa del proceso de aprendizaje del niño puede observarse que lo que sucede no se puede explicar tan sólo remitiéndose a los contenidos sociales involucrados. Es entonces algo de ambas dimensiones lo que se pone en juego en cada momento del proceso de socialización, por lo cual resultaría inútil afirmar que la subjetividad es sencillamente un orden de sentidos sociales interiorizados (ante esta afirmación, habría que cuestionarse por los efectos de tal interiorización, es decir, si la interiorización altera lo interiorizado o si lo acepta pasivamente); en el mismo sentido, resultaría insostenible considerar que la subjetividad es una dimensión de procesos psíquicos que se despliegan con total independencia de los contenidos sociales, meramente contingentes (la dimensión de lo social y su forma específica también producen alteraciones específicas, que vistas desde este ángulo no son para nada contingentes, sino obligatorias e impuestas). La subjetividad, de esta manera, se muestra como un producto codeterminado por ambas dimensiones, y resulta incomprensible por fuera de su interrelación. Resta considerar si es posible decir lo mismo incluso

del sentido pretendidamente social, en la medida en que las significaciones también se encuentran imbuidas de sentidos que no pueden ser completamente reconducidos a lo social y que se exhiben más bien enraizados, con distintos grados de profundidad, en la subjetividad.¹⁵ Si recuperando los aportes de Castoriadis acerca de la noción de sujeto se profundizara en esta idea, podría sostenerse incluso que tanto el sentido social como la subjetividad son productos que se encuentran múltiplemente codeterminados, y por tanto atravesados por los distintos estratos subjetivos y sus correspondientes modos de organización y de puesta en forma. Pero esta multiplicidad no sólo se despliega en un sentido “vertical”, hacia las profundidades insondables de la subjetividad, sino también en una dimensión diacrónica y una sedimentación propia del magma social. De manera que también deben ser considerados los múltiples haces de remisiones de las significaciones imaginarias sociales, que también se despliegan en direcciones insondables y siempre abiertas a la alteración. Pero afirmar todo esto sin más podría llevar a perder la especificidad propia de cada nivel; y claro está que lo que preocupa no es una especificidad disciplinar, sino la especificidad ontológica correspondiente a cada nivel en tanto orden de legalidades, lógicas intrínsecas y dinámicas propias.

Para conservar y a la vez tensionar hasta el límite esta especificidad, es indispensable pensar el carácter del vínculo que establecen la dimensión psíquica y la dimensión social. Ya se señaló que esta relación es indisociable —de modo que es imposible el acceso a productos “puros” de cualquiera de las dos dimensiones implicada— y al mismo tiempo irreductible —de lo que se sigue que, aun en la indisociabilidad, es imposible derivar una dimensión de la otra—; se podría llegar a la conclusión de que, al abordar fenómenos de sentido, sean éstos individuales o colectivos, deberá estudiárselos siempre como, para retomar la clási-

¹⁵ Esta hipótesis, actualmente en proceso de indagación, se presenta en Rosso (2016) con la idea de *magma vertical*. Véase sobre todo el apartado titulado “La sublimación y la dimensión ‘vertical’ del magma social”. También se recomienda revisar la producción de Federico Ferme (2016, 2012, 2010), que desde diversos aportes provenientes de la fenomenología, el psicoanálisis y la teoría social aborda el vínculo entre la producción social del sentido y la constitución de la subjetividad. Podrán hallarse conclusiones colectivas de investigación en Ferme, Mariscal, López, Couzo, Castro y Rosso (2016).

ca formulación de Freud (2008b), una “formación de compromiso”.¹⁶ También podría hablarse aquí de una “transacción”, término avalado desde la propia producción freudiana, pero siempre y cuando no se suponga que por detrás de este vínculo opera una racionalidad lúcida y consciente de sus fines y sus medios.¹⁷ Aquí, sin embargo, la noción de “formación de compromiso” no aplica en el sentido que le otorgó Freud. Lo que más interesa del concepto es la idea según la cual por medio de una “formación” logran satisfacerse simultáneamente dos exigencias. En el caso de Freud, éstas eran el deseo inconsciente y las exigencias defensivas del *yo*. Utilizando esta formulación para explotar al máximo el postulado de la indisociabilidad propuesto por Castoriadis, se puede pensar en el modo en que las exigencias de la psique y las necesidades de la sociedad también conforman compromisos. Incluso podría decirse que los mecanismos de defensa de los que el *yo* se sirve no son otra cosa que la manifestación intrapsíquica de lo que es socialmente admitido, y por tanto de las exigencias de la institución de una sociedad en cuestión. Lo que se intenta resaltar, y en cierto sentido transponer respecto de los planteos de Freud, es que incluso en los casos de socialización “exitosamente lograda” las lógicas propias de la psique siguen operando en la subjetividad y entablando diferentes transacciones con las formas de hacer y representar de la sociedad. Esto significa que en la subjetividad

¹⁶ Se vuelve necesario introducir unas mínimas aclaraciones. Con este término no se apunta a “patologizar” toda la existencia humana, como suele sostenerse desde ciertas posiciones sociológicas reaccionarias, razón por la cual justamente se utiliza la noción de formación de compromiso en lugar de la de “síntoma”, que quizá remita con mayor fuerza al terreno de la patología y del tratamiento clínico.

¹⁷ En el *Diccionario de Psicoanálisis* de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis figura la entrada “Formación de compromiso o transaccional”, y en la misma se detalla que en “Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa” [1896] Freud señala que las representaciones obsesivas constituyen “formaciones *transaccionales* entre las representaciones reprimidas y represoras” (Freud, en Laplanche y Pontalis, 1993: 161). Cabe señalarse que el término *transacción* es utilizado en la traducción al castellano de las obras completas de Freud realizada por López-Ballesteros y de Torres, pero no así en la posterior traducción de José Luis Etcheverry. Debe reconocerse además que resulta difícil escoger una terminología adecuada en este caso. Con el caso del término *transacción*, el problema no radica solamente en la connotación de un acuerdo consciente que guarda, sino también en la reducción de la dimensión conflictiva de este vínculo a la cual, por ejemplo, Castoriadis se refiere en reiteradas ocasiones al hablar de la “imposición” o “ruptura violenta” que la sociedad lleva a cabo sobre la psique. Las mismas tensiones se mantiene en otras expresiones posibles, como la de “contrato narcisista” de Piera Aulagnier (2010).

existirían unas lógicas enteramente intrínsecas que, antes de tratarse de una adquisición mediante el proceso de socialización, en todo caso son la condición de posibilidad de las posteriores adquisiciones vinculadas a los sentidos sociales. Cabe señalar, además, el carácter no completamente socializable de la psique. En este sentido, Castoriadis resalta la idea de que en el proceso de socialización siempre queda un “resto” o “residuo” —aunque podría decirse ya un “estrato” o dimensión de la psique— que no se deja atrapar por la institución de la sociedad. Es posible ubicar aquí el aspecto irreductible de lo psíquico en lo histórico-social, además de que es justamente este elemento el que la psique pone en juego en la transacción entablada con la sociedad. Desde esta serie de postulados se deriva la idea de que no sólo deberán ser considerados como formaciones de compromiso los síntomas de las diversas afecciones psíquicas que se abordan en la clínica psicoanalítica: la vida entera de los individuos socializados es sintomática, sólo que existen compromisos que se adecuan de distintos modos a las imposiciones de la institución de la sociedad en cuestión. A partir de este punto de vista también puede recuperarse el significativo enunciado freudiano según el cual “los síntomas tienen un sentido”. Lo que hasta el momento era considerado como mero sinsentido —como el sueño, los actos fallidos, los lapsus, y toda otra serie de comportamientos cuya causa no llegaba a vislumbrarse—, de la mano del psicoanálisis comienza a ser comprensible desde la lógica del aparato psíquico. Pero podría decirse que este nuevo sentido que comienza a ser vislumbrado no sólo es pertinente a esa serie de comportamientos hasta entonces incoherentes, sino que es extensible a todos los comportamientos del sujeto, incluidos aquéllos sobre los cuales podía brindarse una explicación que se correspondiera con la lógica de la sociedad. El psicoanálisis descubre de este modo un sentido de los comportamientos que escapa a la conciencia, pero que no por ello deja de ser efectivo (e incluso podría decirse lo contrario: que el desconocimiento por parte de la conciencia es su principal condición de efectividad).

Al mismo tiempo debe decirse, ante cualquier pretensión reduccionista, que estas lógicas y procesos anímicos no existen por sí mismos, sino que se despliegan cada vez por intermedio y a partir de los contenidos sociales. De ahí que Freud considerara, por ejemplo, que “la

sublimación es [...] un destino de pulsión forzosamente impuesto por la cultura” (2008c: 96), de modo que como mecanismo psíquico no podría existir sin la sociedad.¹⁸

Por otra parte, este énfasis en un enfoque transaccional sobre los fenómenos no debería resultar extraño a la perspectiva de Castoriadis (2001: 187), sobre todo si se vuelve sobre el postulado por él mismo sostenido en su indagación de las raíces psíquicas y sociales del odio al otro: tanto en éste “como en todos los otros casos”, los fenómenos humanos se encuentran enraizados en dos direcciones, cocondicionados, como si se trataran de formaciones de compromiso establecidas entre las exigencias libidinales y ciertos procesos específicos de la institución de la sociedad. Reflexionar acerca de las raíces psíquicas y las raíces sociales de un fenómeno es justamente preocuparse por la “intersección no vacía de sentido” (Castoriadis, 2013: 489) entre tales dos dimensiones de la que emergerá la subjetividad. Es aquí donde resulta enriquecedor recuperar otro de los sentidos centrales que Freud da al concepto de formación de compromiso, a saber, que el compromiso resulta difícil de vencer justamente porque se encuentra sostenido desde las dos fuerzas que lo pactan. De aquí que Castoriadis siempre destacara la insistencia de la psique en los contenidos sociales que tan difícilmente logra investir y aceptar, así como también la exigencia de adecuación a sus significaciones por parte de la sociedad. El caso en el que más claramente resulta exhibida esta idea es en la heteronomía, donde las tendencias a la clausura de sentido de la institución social confluyen con la búsqueda de certezas inamovibles por parte de la psique singular (Castoriadis, 2001: 196). Es en este sentido que el autor sostiene que la posibilidad de la labilidad de las investiduras depende más de la institución de la sociedad que de la propia psique: “Incluso estaríamos tentados a decir que, para la psique, la inclinación natural, el modo privilegiado de investidura es la investidura rígida” (Castoriadis, 2004: 128). Es por esto

¹⁸ Aunque aquí la cita sirva para fundamentar la irreductibilidad de lo social en lo psíquico, también aporta a la cuestión tener en cuenta que Castoriadis (2013: 487-488) remite al mismo pasaje para señalar que la irreductibilidad es mutua: no sólo la sociedad exige a la psique un proceso de sublimación a partir del cual pueda reasumir sus instituciones y significaciones, sino que es evidente que la sociedad, desde el punto de vista singular, no podría existir para el sujeto si no es gracias a la sublimación.

que la institución de una subjetividad reflexiva resulta tan dificultosa, e incluso se puede añadir que tal forma de la subjetividad apunta a intervenir de manera deliberada en esta transacción.

A MANERA DE CONCLUSIÓN: POR UNA INDAGACIÓN SIN REDUCCIONISMO DE LA PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

Al trabajar desde este punto de vista de la transacción es importante evitar los habituales reduccionismos en los que incurren tanto las investigaciones psicoanalíticas como las sociológicas.¹⁹ No es posible derivar de las características pulsionales o de la estructuración del aparato psíquico en una serie de instancias a las instituciones o a las significaciones imaginarias de una determinada sociedad.²⁰ En todo caso, a partir de estos condicionamientos subjetivos pueden señalarse ciertas exigencias que de manera inevitable deberá cumplir la sociedad, es decir, que necesariamente deberá *tomar en cuenta*. Al mismo tiempo, tampoco debe

¹⁹ Puede ser útil a estas cuestiones recuperar ciertas observaciones, de carácter casi epistémico, realizadas por Urribarri en una reciente entrevista donde destaca la utilidad del enfoque de Castoriadis para evitar ciertas tendencias imperantes en el campo psicoanalítico, tendencias que intentan sostener “ciertas tesis reduccionistas que, más allá de su consistencia o no para pensar cuestiones vinculadas al dominio de lo psíquico, se extrapolaban con total arbitrariedad a campos que tienen un modo de funcionamiento irreductible al de la causalidad psíquica. No puede ser que la misma categoría opere sin mediaciones para explicar fenómenos tan distintos como el psiquismo y lo social. El pensamiento de Castoriadis, en ese sentido, tiene interés por los dos órdenes de problemas, pero poniendo a trabajar la especificidad de los tipos de causalidad, de procesos, de objetos y sujetos específicos que se dan en el dominio de lo psíquico, y de los colectivos humanos y lo histórico-social, tanto de manera diferencial como articulada. Es decir, plantea que, aunque no existen el uno sin el otro, ambos tienen legalidades y modos de funcionamiento específicos que los hacen inseparables pero irreductibles a la vez” (Stavisky, 2016: 236). Aquí puede verse cierta utilidad “analítica” del postulado de irreductibilidad e indisociabilidad: aun cuando se piense en la articulación entre la dimensión psíquica y la social, debe mantenerse cierta *vigilancia epistemológica* que impida extrapolaciones ilegítimas de categorías, conceptos y explicaciones de un nivel a otro.

²⁰ “Se puede interpretar el componente “psicoanalítico” de tal o cual institución particular, demostrando que corresponde también a esquemas inconscientes y que satisface tendencias o necesidades inconscientes; y esto siempre es correcto. La institución también debe responder siempre a la búsqueda de sentido que caracteriza a la psique. Pero el hecho de la institución en sí mismo es totalmente ajeno a la psique” (Castoriadis, 1997: 142).

suponerse a partir de determinadas “condiciones de existencia” una correspondencia mecánica de subjetividades que le sean completamente adecuadas y sincronizadas a la perfección (basta con pensar en la imposición del modo de producción capitalista sobre cualquier sociedad “tradicional”).²¹ Pero esto no sólo se comprueba en los casos en que se produce un cambio (forzado “exteriormente” o no) en el modo de producción. La siguiente cita aclara este punto:

Los procesos psicogenéticos que capacitan a los individuos para asumir las situaciones de capitalista y proletario tienen una importancia decisiva, *son una de las condiciones de existencia del sistema capitalista* (algo que los marxistas, al querer *reducirlos a un epifenómeno*, concomitante automático del “modo de producción”, en general olvidan). *Estos procesos son irreductibles a procesos puramente sociales*. No obstante, tanto lógica como realmente, *presuponen estos últimos*, puesto que se trata de formar el individuo como capitalista o como proletario, y no como señor, patricio o sacerdote de Amón-Ra (las cursivas son nuestras) (Castoriadis, 2013: 497).

De aquí se deriva que toda forma de organización social suponga determinados procesos psicogenéticos gracias a los cuales se logra fabricar individuos adecuados para su “funcionamiento”, o mejor, para la conservación de su mantenerse-unida, de su *ecceidad*. Podría decirse entonces que *toda historia de la sociedad supone cierta historia del sujeto*, en el sentido de que el proceso de psicogénesis también debe ser considerado como una historia, pero a escala singular, por la cual sucesivamente emergerán diferentes estratos, registros, instancias y procesos psíquicos.²² Sin embargo, no se debe suponer que esta historia del sujeto siga siempre y en todas partes el mismo camino.²³ Ya Castoriadis

²¹ Cf. Castoriadis (2013: 555).

²² Véase también Castoriadis (1998a, 2004). Una aproximación propia en la ya mencionada ponencia, Rosso (2016).

²³ Esto equivaldría a un reduccionismo desde el ángulo contrario, considerando a lo social como un epifenómeno del despliegue de la subjetividad: “Entonces uno puede preguntarse: ¿qué ocurre con la inmensa variedad de las sociedades y de las culturas humanas? Una primera respuesta, poco satisfactoria, consistiría en plantear las diferencias entre sociedades como superficiales o epifenomenales (a ésta pertenecen las tentativas ya comenzadas en la época de Freud, de encontrar las mismas “estructuras” inconscientes en todas las etnias o detrás de todos los

indicaba en cierta medida esta cuestión no sólo al discutir la supuesta “variabilidad”, “vicariedad” o contingencia de los objetos de las pulsiones (Castoriadis, 2013: 496-497), o al problematizar el pretendido carácter “inalterable a través de la historia” o la “tranhistoricidad” del inconsciente (Castoriadis, 1996; 1997: 171);²⁴ sino también, y sobre todo, al proponer provocativamente la siguiente lectura de una de las obras de Freud:

¿Qué nos pide *Tótem y tabú*? Nos pide creer que hay una emergencia histórica de la instancia superyoica, que hay también emergencia de características fundamentales de los afectos, como la ambivalencia [...] [que la] culpabilidad emerge históricamente en ese momento. Y del mismo modo, hay mecanismos psíquicos fundamentales que aparecen con esta protocreación, por ejemplo la proyección [...]. Se trata de una tesis fuerte según la cual ciertos mecanismos psíquicos son creados, surgen por vez primera, en relación con un acontecimiento sociohistórico fundamental (Castoriadis, 1996: 14).

De este modo se muestra la necesidad de profundizar en la idea de que “la historia psíquica [...] está codeterminada por la socialización en su consistencia específica” (Castoriadis, 2004: 92) para comprender efectivamente el modo en que la socialización podría llegar a incidir en la constitución misma del psiquismo. Como el autor señala en el fundamental artículo de balance y proyección de trabajo, “Hecho y por hacer”, la primera de las direcciones “más urgentes” en las cuales aún resta realizar un “inmenso trabajo” es en “el esclarecimiento de los modos específicos de socialización instaurados en cada caso por sociedades particulares. Luego, la discusión de las constantes no triviales de esos modos” (Castoriadis, 1998b: 47). Recuperar distintas discusiones en los campos no sólo del psicoanálisis, sino también de la sociología y de la

edificios sociales). [sin embargo,] Otra respuesta, mucho más fiel al espíritu de las contribuciones de Freud mismo [...] sería la de ver allí el efecto de la historia y de etapas diferentes de esta historia en las que se encontrarían las sociedades que observamos” (Castoriadis, 1997: 183). Aquí es necesario desembarazar al término *etapas* de todo sentido progresista o evolucionista.

²⁴ Discusión que, no es menor señalarlo, Castoriadis instaló de forma recurrente en diversos eventos académicos en el campo psicoanalítico.

antropología, podría aportar en este sentido. Asimismo, será necesario también revisar la noción de *tipo antropológico*, tardía en los planteos de Castoriadis (1996, 1997, 1986), para pensar esta “socialización en su consistencia específica”. Se podría plantear que el tipo antropológico abarca dentro de sí categorías como las de “individuo social” o “subjetividad reflexiva”, siendo cada uno un particular producto antropológico de la historia. El aporte que podría realizar esta noción reside en el énfasis que coloca en el carácter histórico del proceso de fabricación que la sociedad opera sobre la psique como su materia prima. Por último, puede decirse, a manera de conclusión, que lo que resulta claro tras toda esta revisión es la necesidad de considerar conjuntamente a la psique y a la sociedad si se quiere decir algo significativo acerca de la subjetividad, ya sea desde la antropología, ya sea desde el psicoanálisis.²⁵

REFERENCIAS

- ALTHUSSER, Louis (1996). “Tres notas sobre la teoría de los discursos – 1966”, en *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*. México: Siglo XXI, pp. 97-146.
- ALTHUSSER, Louis (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.

²⁵ Un intento de análisis desde esta perspectiva podrá hallarse con el título “Las raíces psíquicas y sociales de la ‘razón’. Aproximaciones al vínculo indisoluble e irreductible entre psique y sociedad desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis” (Rosso, en prensa) en un volumen que se publicará en el transcurso del año, en el que se compilan trabajos producidos por el proyecto de investigación “Intercambios simbólicos, dominación y subjetividad: formas afectivas e imaginarias de complicidad” (PRII R15-031). En el mencionado análisis se aborda a la “razón”, tal como es comprendida por Castoriadis en distintas zonas de su obra, recuperando la comprensión del fenómeno como un conflicto entre dos significaciones imaginarias sociales que emergen con la modernidad y los condicionamientos subjetivos que habilitaron el triunfo de una significación por sobre la otra. En el trabajo se despuntan algunas observaciones sobre los posibles “niveles” de análisis tanto de las condiciones subjetivas como de las condiciones histórico-sociales.

- ALTHUSSER, Louis (1969). *Para leer El Capital*. México: Siglo XXI.
- ALTHUSSER, Louis (1968). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- AULAGNIER, Piera (2010). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BARTHES, Ronald (1994). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Buenos Aires: Paidós.
- BLEICHMAR, Silvia (2010). “Producción de subjetividad y constitución del psiquismo”, en *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*. Buenos Aires: Topía, pp. 33-50.
- BOURDIEU, Pierre (2006). “Esperanzas subjetivas y oportunidades objetivas”, *Argelia 60: estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 93-112.
- CASTORIADIS, Cornelius (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- CASTORIADIS, Cornelius (2008). “Poder, política, autonomía”, en *El mundo fragmentado*. La Plata: Terramar.
- CASTORIADIS, Cornelius (2005). “Lo imaginario: la creación en el dominio históricossocial”, en *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa, pp. 64-79.
- CASTORIADIS, Cornelius (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- CASTORIADIS, Cornelius (2001). “Las raíces psíquicas y sociales del odio”, en *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 183-196.
- CASTORIADIS, Cornelius (1998a). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CASTORIADIS, Cornelius (1998b). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Eudeba.
- CASTORIADIS, Cornelius (1997). *El avance de la insignificancia, Encrucijadas del laberinto IV*. Buenos Aires: Eudeba.
- CASTORIADIS, Cornelius (1996). “Seminario 1996: psique e historia”, *Revista Zona Erógena*, núm. 29, disponible en <https://hacerpensando.files.wordpress.com/2015/01/seminario-psique-e-historia-copia.pdf> (acceso: 07/01/2016).

- CASTORIADIS, Cornelius (1986). *Ante la guerra: las realidades*. Barcelona: Tusquets.
- FERME, Federico (2016). “Afectividad y modos primarios de expresión en Freud. Una lectura a partir de ‘La negación’” (en línea), en *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación X Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Disponible en <https://www.aacademica.org/000-044/714> (acceso: 31/05/2017).
- FERME, Federico (2012). “El modo de representar originario y la afectividad: Merleau-Ponty, Freud y Aulagnier” (en línea), en *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Disponible en <https://www.aacademica.org/000-072/20> (acceso: 19/03/2015).
- FERME, Federico (2010). “Representación, afecto e imaginación: aproximación al carácter significativo de los afectos” (en línea), en *II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación VI Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Disponible en <https://www.aacademica.org/000-031/97> (acceso: 19/03/2015).
- FERME, Federico, Cintia Mariscal, Noelia López, Diego Couzo, Mauricio Castro y Germán Rosso (2016). “Sobre la constitución de la subjetividad: coexistencia de los sentidos, la afectividad y la reflexión” (en línea), en *Jornadas de discusión de resultados del Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales-Convocatoria 2013-2015*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Disponible en www.sociales.uba.ar/wp-content/blogs.dir/219/files/2018/02/Libro_online.pdf (acceso: 02/03/2018).
- FOUCAULT, Michel (2005). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FREUD, Sigmund (2008a). “Proyecto de psicología”, en *Obras completas*, vol. I (1886-1899). Buenos Aires: Amorrortu, pp. 323-441.

- FREUD, Sigmund (2008b). “23a. conferencia. Los caminos de la formación de síntoma”, en *Obras completas*, vol. XVI (1916-1917). Buenos Aires: Amorrortu, pp. 326-343.
- FREUD, Sigmund (2008c). “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, vol. XXI (1927-1931). Buenos Aires: Amorrortu, pp. 57-140.
- HALL, Stuart (2003). “Introducción. ¿Quién necesita identidad?”, en S. Hall y P. du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 13-39.
- HIRST, Paul (1976). “Althusser and the Theory of Ideology”, *Economy and Society*, núm. 5 (4): 385-412.
- LACAN, Jacques (1998). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACLAU, Ernesto y Chantal Mouffe (1987). “Más allá de la positividad de lo social: antagonismo y hegemonía”, en *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI, pp. 105-166.
- LAPLANCHE, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (1993). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1964). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Karl (2014), “Contribución a la crítica de la economía política”, en *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 199-204.
- ROSSO, Germán (en prensa). “Las raíces psíquicas y sociales de la ‘razón’. Aproximaciones al vínculo indisociable e irreductible entre psique y sociedad desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis”, en *Cuadernos de estudio del Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad*. Buenos Aires: edición de autor.
- ROSSO, Germán (2018). “De la historia del sujeto y del sujeto en la historia. Una indagación de la subjetividad y del sentido desde una perspectiva transaccional a partir de Cornelius Castoriadis”. Tesis de grado, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- ROSSO, Germán (2016). “Psique, sociedad y sentido. Sobre el vínculo entre la estratificación de la subjetividad y el magma de las significaciones en Cornelius Castoriadis”, en *2o Encuentro Internacional de la Cátedra Interinstitucional Cornelius Castoriadis*, El Colegio de San Luis y Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México (publicación de actas en prensa).

- ROZITCHNER, León (2005). “La tragedia del althusserianismo teórico”, en N. Kohan (comp.), *El capital: historia y método*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, pp. 337-347.
- SAVRANSKY, Carlos (2014). “Fundamentación del programa del Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad: el diseño de los intercambios simbólicos. Condiciones de subjetivación: dominación–autonomía” (material de cátedra), Carrera Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- STAVISKY, Sebastián (2016). “Sin deseo revolucionario, no hay práctica revolucionaria’. Entrevista a Fernando Urribarri” (en línea), *Revista Diferencia(s)*, núm. 2 (2): 235-247. Disponible en <http://www.revista.diferencias.com.ar/index.php/diferencias/issue/viewIssue/2/3> (acceso: 11/01/2017).
- ŽIŽEK, Slavoj (1992). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.